



Guy de Maupassant (1850-1893).

Nota de la redacción

Guy de Maupassant (1850-1893).
Editors' note

■ En Normandía, en el término de Tourville-sur-Arques, a mitad de camino entre Dieppe y Rouen, se alza el château de Miromesnil. En aquella mansión rodeada de un jardín con árboles centenarios, venía al mundo el 5 de agosto de 1850 René Albert Guy de Maupassant, uno de los puntos de referencia en ese peculiar cosmos literario que es el relato breve.

Creció en una atmósfera familiar sin armonía. Su padre, Gustave Maupassant, heredero de una notable fortuna, cultivaba los placeres mundanos, en especial los infradiafragmáticos, y pronto despreció a su esposa y madre del neonato: Laure de Poittevin. Ésta, una mujer cultivada, amante de la literatura, que tenía amistad con Gustave Flaubert (1821-1880), con delirios de grandeza y espiritual hasta el exceso, hubo de soportar más de una paliza física a manos de su marido ante los aterrados ojos del niño. El matrimonio se trasladó en 1854 a Grainville, cerca de Étretat, también en Normandía, donde nació poco después su segundo hijo, Hervé, poco dotado intelectualmente y que moriría demenciado a los 34 años en una casa de salud en Antibes.

Aunque su madre se esforzó por cultivar en él el afán por la lectura, es probable que el ambiente en que Guy pasó los primeros años de su vida empapara su espíritu tanto vital como literario de una descarnada misantropía.

Su infancia transcurrió en la región de Caux, alta Normandía, una tierra feraz, agrícola y marinera, rica en tipos y lugares que más adelante aparecerán en sus páginas. Desde los siete hasta los trece años recibió una educación religiosa en el domicilio familiar y cuando se inscribía en el Instituto eclesiástico de Ivetot sus padres se separaban, quedando bajo la tutela de la madre.

A los trece Guy ya era un mozalbete vital, buen nadador, amante del mar, capaz de gobernar un balandro por la costa, poco dado a la disciplina de las aulas, que leía libros "prohibidos" y escribía sus primeras páginas. A los 14 contribuía al salvamento del poeta Charles Swinburne, a punto de morir ahogado en las playas de Étretat. Este inglés extravagante y libertino le "instruía" y le regalaba una mano humana disecada que conservaría toda su vida y constituirá el núcleo de uno de sus relatos más celebrados.

Pronto, a los 16, probó las mieles del que sería, con el mar y la literatura, uno de sus tres móviles vitales: la mujer. En 1867 era instado a abandonar el insti-

tuto de Ivetot y se trasladaba a Rouen donde, al finalizar su bachillerato en Letras dos años más tarde, festejará la graduación en un burdel.

Visitaba a Flaubert, amigo de la familia materna y ya literato consagrado, que le orientaba sobre el incierto camino de la escritura. Pronto viajó a París y se matriculó en la Facultad de Derecho, si bien su paso por ella fue fugaz pues el 19 de julio de 1870 al estallar la guerra francoprusiana se alistó como voluntario.

Fue destinado a Rouen y poco después a Alsacia, donde asistió al derrumbamiento del frente y la derrota sin paliativos del mal pertrechado y peor dirigido ejército francés. El poco honorable comportamiento de sus jerifaltes, ahítos de soberbia y verborrea, pero ineptos, carentes de orgullo y entereza, harían que Maupassant adquiriera un profundo afecto por las gentes del pueblo llano y un odio hacia los prusianos sólo comparable con el desprecio que siempre sentiría por sus compatriotas figurones de la política y la cúpula militar. Y, conociendo lo que escribirá años después, por su cabeza tal vez pasara por entonces la idea de “nos veremos en mis páginas”.

París cayó y el armisticio se firmaba el 10 de mayo de 1871. Francia quedaba a los pies de Bismarck.

Maupassant consiguió que su padre pagara la cantidad estipulada para que otro joven ocupara su puesto y pudiera abandonar el servicio militar. Dejó el Ejército y para sobrevivir se convirtió, merced a una carta de recomendación de Flaubert, en funcionario; primero del Ministerio de Marina, desde 1872 hasta 1878, y después del de Instrucción Pública hasta 1880. Un período de ocho años del que escribirá: “Me hundí en heces hasta las cejas, sumergido en las redes y tristezas de una burocracia indescriptible”.

Pero vivía en París, era joven y fuerte; se creía invulnerable; remaba los fines de semana por el Sena; frecuentaba los tugurios de sus orillas, cultivaba todas las pasiones y conocía bien el mundo de las princesas de la noche; observaba la triste existencia de los marginados y la ramplona psicología de los burgueses de todas las edades, credos y sexos, a la vez que sacaba tiempo para leer desde Aretino a Baudelaire; de Cervantes a Demóstenes; desde Cicerón a Dante; de Hoffmann a Lord Byron; de Horacio a Dickens; desde Goethe hasta Hugo; de Poe a Balzac; de Schopenhauer a Boccaccio, o desde Sade a Gogol.

En casa de Flaubert conoció a Émile Zola (1840-1902), quien le presentó a Ivan Turgueniev (1818-1883), Alphonse Daudet (1840-1897) y Edmond Goncourt (1822-1896). Durante algunos años todos los jueves al atardecer visitaría a Zola y su gremio de amigos, primero en el café Trapp y más tarde en su mansión de Médan, cerca del Sena.

En 1875 publicaba, bajo el seudónimo de Joseph Prunier, *La main d'ecorché* (*La mano disecada*), su primer cuento; un macabro relato en el que percibimos la influencia de Poe y en el que vertía ciertos recuerdos de infancia. Le seguirían *Le docteur Héraclius Glos*, donde ya tocaba el tema del doble y en el que se halla la influencia de Hoffmann, y artículos en *La Nation*. Por entonces visitaba con asiduidad el cabaret “La Grenouillère” (*La charca de las ranas*), alardeaba de su potencia coeundi y atrapaba la lúes, de lo que insensatamente se jactaría. No hizo caso del consejo de Flaubert: “¡Demasiado remo; demasiado ejercicio; demasia-

das p...! El hombre civilizado no necesita tanto ejercicio como aconsejan los médicos. Tú has nacido para hacer poesía. ¡Hazla! Todo lo demás no vale nada”.

Por su poema *Une fille (Una prostituta)*, publicado en 1880 en *La Revue Naturaliste*, fue denunciado por “atentar contra la moral y buenas costumbres” y es probable que hubiera acabado en prisión de no mediar una carta exculpatoria de Flaubert en *Le Gallois*.

Pero, ese mismo año, en el que su mentor moría de un ictus, leyó ante Zola y un selecto grupo de literatos, un relato titulado *Boule de suif (Bola de sebo)*. Un texto que vio la luz el 16 de abril incluido en la antología *Les Soirées de Médan*, editada por el propio autor de *Germinal* y que significaba su irrupción en el mundo literario.

Desarrollada en la Francia ocupada durante la guerra con Prusia, en un viaje en diligencia desde Rouen al puerto de Le Havre, sus páginas eran una crítica corrosiva de la sociedad francesa. Unas páginas, en las que, frente a la ramplonería moral de un político, de un matrimonio de comerciantes, de un conde y su mujer y de un par de monjas, el único personaje que demostraba poseer amor propio y a su país era una prostituta, Bola de sebo. Una desgraciada que se sacrificaba a un oficial prusiano para ayudar a sus miserables compañeros de viaje que, por supuesto, la despreciaban.

Con Bola de Sebo, calificada por Zola como “una obra maestra; una obra perfecta de ternura, audacia e ironía”, Maupassant había hecho algo difícil en Literatura: había creado un arquetipo. Y es que, cómo no recordar ese personaje cuando, por ejemplo, veamos dos obras cinematográficas ya clásicas como *El expreso de Sanghai* (Joseph von Sternberg, 1932), o *La diligencia* (John Ford, 1939).

Aquel relato de 1880 fue como el disparo de un meteoro, ya que Maupassant publicó a partir de ese momento casi 400 cuentos, además de crónicas y artículos, muchos de ellos bajo pseudónimos (Joseph Prunier, Maufrigneuse, Chaudron du Diable, Guy de Valmont) repartidos entre diarios y semanarios, en su mayoría de París. Relatos que recopiló en libros como *La maison Tellier* (1881), *Mademoiselle Fifi* (1882), *Miss Harriet* (1884), *Contes de la bécasse* (1883), *Les soeurs Rondoli* (1884), *Clair de Lune* (1884), *Tonio* (1885), *Contes*



Figura 1. Guy de Maupassant (autor desconocido).

du jour et de la nuit (1885), *L'Horla* (1887) y *La main gauche* (1889). Textos que desde muy pronto fueron aguardados con expectación por una legión de lectores, y a los que añadía un libro de poemas, *Des vers* (1880), tres obras de teatro: *Une histoire du vieux temps* (1879), *Musotte* (1891) y *Une répétition* (estrenada en 1904); y seis novelas: *Une Vie* (1883), *Bel-Ami* (1885), *Mont-Oriol* (1887), *Pierre et Jean* (1888), *Fort comme la mort* (1889) y *Notre cœur* (1890).

A nivel íntimo amaba el mar y el dinero, e idealizó su Normandía natal. Siempre recordaría las playas y acantilados de Étretat que tantas veces vio de niño; aquellos paisajes que Corot y Monet plasmaron en sus lienzos. Se creó una teoría filosófica personal amarga, desolada, iconoclasta y provocadora en la que, pensaba, el hombre y la mujer no podían alcanzar una mínima armonía dentro del matrimonio. “Es preciso amar y amar locamente, sin ver lo que se ama, porque ver es comprender y comprender es despreciar... El amor de las mujeres es monótono, como el espíritu de los hombres”, escribió. Afirmaba que el sufragio universal era una estupidez y que la mujer debía estar siempre en un segundo nivel. Era escéptico y pesimista, y despreciaba por igual a los bienpensantes, la religión, el orden establecido, los funcionarios, las jerarquías y los políticos: “Antes, cuando uno no valía para nada, se hacía fotógrafo; hoy se hace diputado”. Le horrorizaba la maternidad y buscaba los amoríos mientras huía del amor. Tuvo ocho amantes duraderas, relaciones con al menos cinco damas de la “alta sociedad”, y parece ser que tuvo tres hijos, a los que no reconoció pero sí se ocupó de su manutención durante algún tiempo.

A la vez, su energía, capacidad de observación, imaginación, sentido artístico y dominio de la técnica narrativa, le permitieron crear el conjunto de una obra más que notable en sólo quince años. Como escribió Zola: “era comprendido porque él era la claridad, la sencillez, la medida y la fuerza. Era amado porque poseía la bondad risueña, la sátira profunda, la alegría audaz que persiste incluso bajo las lágrimas... Los lectores, los admiradores, no se equivocaban...”.

La literatura le enriqueció y le permitió adquirir un yate, el *Bel-Ami*, y residencias en París, la Costa Azul y en Étretat. Para tratar su enfermedad, en un tiempo en que la Medicina sólo podía ofrecer placebos para el treponema, los médicos le aconsejaron ir a la mar, buscando el efecto beneficioso del yodo. Así, visitó Argelia, Túnez, Sicilia, Italia, Bretaña e Inglaterra. Fruto de ello fueron tres libros de viajes: *Au soleil* (1884), *Sur l'eau* (1888) y *La vie errante* (1890).

Pero, el “mal francés” minaba su cuerpo y ya en 1881 sufría algunas de sus manifestaciones: iritis, cefalea, alopecia, nerviosismo... Preocupado, asistió entre 1883 y 1884 a las clases que el gran Charcot (1825-1893) impartía en el hospital de *La Salpêtrière* y pudo ver sobre el terreno los síntomas de la histeria, la inclemencia de las enfermedades neurodegenerativas y la tragedia de las demencias. Allí coincidió con Axel Munthe, destacado psiquiatra y escritor sueco (pero no con Sigmund Freud, que pasaría por sus aulas entre 1885 y 1886) y observó los efectos devastadores de la entonces frecuente neurolúes. Una enfermedad cuyos síntomas se acrecentaron en él de día en día: ataxia, debilidad muscular, crisis tabéticas con dolores lancinantes, retenciones de orina... y, lo más temible, la pérdida de sus facultades mentales.

En 1887 publicó *Le Horla*, título que se presta a discusión (“¿vete de ahí?”, “¿el extraño?”), relato en el que un ser maléfico e invisible anunciaba el fin de los tiempos. Un ser desafiante que ponía al protagonista ante el miedo a su doble, ante el terror a la soledad y la nada; ante un miedo que abrumaba al hombre que se sentía vacío y que para huir de aquel ser recurría al suicidio. Y si recordamos a Poe cuando leemos los cuentos de terror de Maupassant, cuando leamos algunas páginas de Lovecraft recordaremos a Maupassant.

Aún vio el éxito que tuvieron sus tres últimas novelas, en especial *Pierre et Jean* (1888), con cuarenta mil ejemplares vendidos en un mes, y dejó inconcluso un último libro (*L'Angelus*) pleno de diatribas contra Dios (“el mayor saqueador de sueños que ha habido sobre la tierra”), en el que era evidente su insania.

Se encontraba en Cannes cuando redactó su testamento el 15 de diciembre de 1891. En un manuscrito bien legible a pesar del temblor, nombraba heredera universal de sus bienes a su sobrina Simone de Maupassant, hija de su desgraciado hermano Hervé, y dejaba una notable renta vitalicia anual a su madre, así como 10.000 francos a su fiel sirviente François Tassart, que le acompañó desde 1883 hasta el final.

Unos días después escribía al doctor Henry Cazalis, su médico y amigo, una carta que era un ejemplo de delirio sistematizado: “Estoy perdido. Tengo el cerebro reblandecido por los lavados que me he hecho con agua de mar a través de las fosas nasales... Cada noche mis sesos se me escapan por la nariz y la boca en forma de una masa pegajosa y salada con la que lleno una palan-gana... Mi muerte es inminente. He perdido la cabeza...”.

El uno de enero de 1892 intentó pegarse un tiro en la cabeza con un revólver, pero Tassart, previéndolo, le había quitado las balas. Al ver lo fallido de su intento, tomó un abrecartas e intentó, también sin éxito, cortarse el cuello. La profunda herida pudo ser curada, pero el agotamiento y los delirios ya eran casi continuos. Seis días después fue trasladado en tren a París e ingresado en la “casa de salud” del doctor Blanche. Allí pasaría 18 meses en una dramática agonía de alucinaciones visuales y auditivas, verborrea insensata, agresiones verbales contra todo lo humano y lo divino, crisis epilépticas, confusión, caquexia y parálisis progresiva.

Guy de Maupassant murió al mediodía del 6 de julio de 1893, un mes antes de cumplir los 43 años. Sus restos recibieron sepultura al día siguiente en el cementerio de Montparnasse. Bajo un sol que derretía las lápidas, Zola pronunció el elogio fúnebre. Un encomio que finalizaba: “Et dans la suite des temps, ceux qui ne le connaîtront que par ses oeuvres l'aimeront pour l'éternel chant d'amour qu'il a chanté à la vie”¹.

Por cierto, en aquella venerable tierra también descansan los huesos de los que en vida fueron Charles Baudelaire, Julio Cortázar, Simone de Beauvoir, Samuel Beckett, Marguerite Duras, Jean Paul Sartre, Émile Cioran, César Vallejo o Eugéne Ionesco. Es fácil imaginar los aquelarres literarios que se organizarán allí en las noches de plenilunio.

¹ “Y en el curso de los tiempos, los que le conocieron sólo por sus obras le amarán por el eterno canto de amor con que cantó a la vida”.



Enfermos y médicos

Patients and physicians

■ Guy de Maupassant* (†)

■ ¡Qué misterio tan singular es el recuerdo! Uno va ensimismado por las calles bajo el primer sol de mayo y de repente, como si unas puertas cerradas durante mucho tiempo se abrieran en la memoria, cosas olvidadas vuelven a nuestra mente. Pasan, se continúan con otras y nos hacen revivir horas pasadas, horas lejanas.

¿Por qué esas bruscas vueltas al pasado? ¿Quién lo sabe? Un olor que flota, una sensación tan ligera que apenas hemos notado, pero que uno de nuestros órganos ha reconocido; un escalofrío, incluso el efecto del sol que daña al ojo; quizá un ruido, una nada que nos rozó en una circunstancia pasada y que volvemos a encontrar, basta para hacernos volver a ver de golpe un país, gentes, acontecimientos que habían desaparecido de nuestro pensamiento.

¿Por qué un soplo de aire cargado de olores, de hojas bajo los castaños de los Campos Elíseos, evoca súbitamente un camino, una carretera, la altura de una montaña en Auvernia?

A la izquierda, entre dos cimas, aparece el majestuoso cono del poderoso Puy de Dôme. Alrededor de este pesado gigante, más o menos cerca de él, se yergue un macizo de picos. Muchos de ellos parecen conos truncados que antaño escupían fuego y humo. Volcanes apagados, cuyos cráteres muertos se han convertido en lagos.

A la derecha, el sendero domina una llanura infinita poblada de pueblos y ciudades, rica y arbolada, la Limagne. A medida que ascendemos vemos más cumbres a lo lejos y allá abajo, las cumbres de Forez. Todo este inmenso horizonte está velado por un vapor lechoso, dulce y claro. Los alrededores de Auvernia poseen un encanto infinito en su bruma transparente.

La carretera está orillada de nogales enormes que casi siempre la mantienen protegida del sol. Las faldas de los montes están cubiertas de castañares en flor, cuyos ramilletes, más pálidos que sus hojas, parecen grises en el seno del umbrío verdor.

* Relato publicado el 11 de mayo de 1884 en *Gil Blas*, semanario ilustrado de París, con el título de *Malades et médecins*. Traducción de A. Pérez-Gutiérrez.

De vez en cuando, sobre un pico de la montaña aparece una construcción en ruinas. Esta tierra estuvo erizada de fortalezas, todas muy parecidas entre sí.

Sobre un sólido edificio de planta cuadrada y festoneada de almenas, se levanta una torre. Sus muros no tienen ventanas, apenas unos casi invisibles agujeros. Pudiera decirse que estas fortalezas han crecido en las alturas como las setas en la montaña. Están construidas con piedra gris que no es nada más que lava.

Y a lo largo de los caminos se encuentran yuntas de vacas que arrastran domos de heno. Los dos animales llevan un paso lento en las empinadas pendientes y en las cuestas, frenando o tirando de la enorme carga. Un hombre va delante, controlando su paso con una vara larga con la que las toca en algunos momentos. No las pega nunca. Sobre todo parece conducir las con los movimientos de la batuta, como si fuera un director de orquesta. Posee ese gesto serio que domina a los animales y a menudo se vuelve para indicarles su voluntad. Nunca se ven caballos, excepto en las diligencias o en los coches de alquiler; y cuando hace calor, en las carreteras se levantan ráfagas de polvo que llevan un olor azucarado que recuerda algo a la vainilla y trae a la memoria los establos.

Toda la región también está perfumada por árboles olorosos. La vid, recién florecida, exhala un aroma dulce y exquisito. Los castaños, las acacias, los tilos, los abetos, el heno y las flores silvestres de las cunetas colman el aire de perfumes ligeros y persistentes.

Auvernia es la tierra de los enfermos. Sus volcanes extinguidos semejan calderas cerradas que en sus entrañas aún calientan múltiples clases de aguas minerales. De estos enormes pucheros brotan fuentes de aguas calientes que contienen, según dicen médicos interesados, todo tipo de medicamentos válidos para todas las enfermedades.

En cada una de las estaciones termales, asentadas alrededor de cada arroyo de agua templada descubierto por un lugareño, se desarrolla un conjunto de escenas sorprendentes. Todo empieza con la venta de la tierra por el paisano; la fundación de una sociedad de un capital, ficticio, de varios millones; el milagro de la construcción de un establecimiento con esos fondos imaginarios y piedras auténticas; la instalación del primer médico con título de médico inspector; la aparición del primer enfermo, por otra parte eterno, y la sublime comedia entre ese enfermo y ese médico.

Para un observador cada ciudad de aguas termales es una California festiva. Cada doctor es un tipo fascinante, desde el médico correctísimo al estilo inglés, con corbata blanca, hasta el doctor escéptico, espiritual y malicioso, que cuenta a los amigos sus métodos y sus trucos.

Entre estos dos modelos se encuentran el doctor paternal y buen muchacho, el doctor científico, el brutal, el médico de mujeres, el doctor de cabellos largos, el doctor elegante y otros muchos ejemplos. Cada tipo de médico encuentra inexorablemente su tipo de enfermos, su clientela de cándidos. Y cada día, entre ellos, en cada habitación de hotel, comienza la admirable farsa que Molière no acabó de contar por completo. ¡Oh!, si hablaran; si estos médicos hablaran, ¡qué notas; qué maravillosos documentos nos podrían dar sobre el hombre!

Sin embargo, en ocasiones, después de beber, ellos cuentan alguna aventura, una entre mil.

Uno de aquéllos, en plena inspiración, tuvo la genial idea de anunciar en los periódicos que las aguas de B..., descubiertas por él, prolongaban la vida humana. Por otro lado, en su acto no había ningún misterio. Él lo explicaba científicamente por el efecto de las sales, los minerales y los gases sobre el organismo. Incluso había escrito un extenso folleto al respecto, en el que, además, se indicaban las excursiones que podían hacerse por los alrededores.

Pero necesitaba pruebas para tales afirmaciones. Y así emprendió un pequeño viaje en búsqueda de personas centenarias.

En general, las familias pobres, no teniendo apenas con qué alimentar a sus viejos e inútiles padres, los cedían durante seis meses al año. Él los instalaba en un elegante hotelito que había bautizado como *Albergue de los Centenarios*. Aunque no todos tenían cien años, sí estaban cerca. Tal era su reclamo; su insuperable reclamo. Curar no es nada, pero vivir lo es todo. Sus aguas no curaban, ¡pero hacían vivir! ¡Qué importan el hígado, los bronquios, la laringe, los riñones, el estómago, el intestino! Vivir es lo único que importa.

Un día que estaba contento ese gran hombre contó la siguiente aventura.

Una mañana fue llamado a la vera de un nuevo viajero, M.D..., llegado la víspera por la tarde y que había alquilado un hotelito muy cerca de la fuente de la Soberana. Era un pequeño anciano de ochenta y seis años, pero todavía vivaz, flaco, de buena salud, activo y que hacía grandes esfuerzos por disimular su edad.

Hizo sentarse al médico y en seguida le preguntó:

—Doctor, si yo me encuentro bien es merced a la higiene. Sin ser muy viejo ya tengo cierta edad, pero evito las enfermedades, las indisposiciones, hasta los más ligeros malestares mediante la higiene. Usted afirma que el clima de esta región es muy favorable para la salud. Estoy dispuesto a creerle; pero, antes de afincarme aquí, quiero pruebas. Así pues, yo le rogaría que viniera a mi casa una vez a la semana para darme con exactitud la siguiente información: Deseo tener una relación completa, muy completa, de todos los habitantes del balneario y sus alrededores, que han superado los ochenta años. También necesito conocer ciertos detalles físicos y psicológicos de ellos. Quiero saber su profesión, su estilo de vida, sus costumbres. Siempre que muera una de esas personas usted deberá hacérmelo saber e indicarme la causa exacta de su muerte, así como todas sus circunstancias.

Después añadió con amabilidad:

—Espero, doctor, que llegaremos a ser buenos amigos —y alargó su pequeña y arrugada mano, que el médico estrechó a la vez que le prometía su colaboración incondicional.

A partir del día en que estuvo en posesión de la lista de los diez y siete habitantes de la región que habían sobrepasado los ochenta años, M.D... sintió despertar en su corazón un extremo interés, una infinita atención por esos ancianos que iba a ver caer uno tras otro.

No deseó conocerlos, sin duda por miedo a encontrar cierto parecido entre él y alguno de ellos que pudiera morir pronto, lo que le hubiera afectado. Pero sí

se hizo una idea muy precisa de sus personas, y sólo hablaba de ellos con el médico que todos los jueves iba a cenar con él.

Preguntaba:

—¡Y bien! Doctor, ¿qué tal marcha hoy Poinçot? Le habíamos dejado algo indispueto la semana pasada. —Y cuando el médico le había dado el parte clínico de la salud del enfermo, M.D... proponía cambios en su régimen de vida, pruebas, métodos de tratamiento que él podría aplicar en sí mismo a continuación si habían tenido éxito en los otros. Estos diez y siete viejos eran un campo de experimentación del que sacaba enseñanzas.

Una tarde, al entrar, el doctor anunció:

—Ha muerto Rosalie Tourol.

M.D... se estremeció, e inmediatamente preguntó:

—¿De qué?

—De una angina de pecho.

El pequeño anciano exclamó un ¡Ah! de alivio y añadió:

—Era demasiado obesa; demasiado gruesa. Esa mujer debía de comer demasiado. Cuando yo alcance su edad me observaré más.

Él sólo era dos años mayor, pero apenas aparentaba setenta.

Unos meses después le llegó la hora a Henry Brissot. M.D... quedó muy conmovido. En esta ocasión se trataba de un hombre delgado, de su misma edad, ni siquiera se llevaban tres meses, y una persona prudente. Estaba inquieto y no se atrevía a preguntar esperando que a el médico hablara.

—¡Ah! ¿Murió así, de repente? La semana pasada se encontraba muy bien. Habría cometido alguna imprudencia, ¿no es cierto, Doctor?

El médico, que se divertía, contestó:

—No lo creo. Sus hijos me han dicho que siempre había sido muy sensato.

Entonces, no pudiendo contenerse y temblando de angustia, M.D... preguntó:

—Pero..., pero... entonces, ¿de qué ha muerto?

—De una pleuresía.

Era una alegría. Una auténtica alegría. El pequeño anciano apretó sus secas manos una contra otra: —¡Pues claro! ¡Ya le dije que tenía que haber cometido alguna imprudencia! No se atrapa una pleuresía sin un motivo. Habría querido tomar el aire después de la cena: y el frío se le ha metido en el pecho. ¡Una pleuresía! Eso es un accidente; ¡ni siquiera se trata de una enfermedad! ¡Sólo los locos mueren de una pleuresía!

Y se puso a cenar hablando alegremente sobre los que quedaban: —Ahora sólo son quince, pero son fuertes, ¿no es verdad? Toda la vida ha sido así. Los más débiles caen los primeros; los que cumplen treinta años tienen muchas probabilidades de llegar a los sesenta; aquéllos que cumplen sesenta llegan a menudo a los ochenta, y los que alcanzan los ochenta casi siempre llegan al centenar, porque son los más robustos, los más sabios, los más enérgicos.

A lo largo del año cayeron otros dos, uno de disentería y el otro de un ahogo. M.D... celebró mucho la muerte del primero: —¡La disentería es el mal de los imprudentes! ¡Qué diablo! Doctor, debería haber vigilado usted su alimentación.

En cuanto al que se lo había llevado el ahogo, sólo podía deberse a una enfermedad del corazón mal diagnosticada hasta ese momento.

Pero, una tarde, el médico anunció el óbito de Paul Timonet, una especie de momia del que se esperaba que llegara a centenario para servir de reclamo para el balneario.

Cuando, según su costumbre, M.D... preguntó:

—¿De qué ha muerto?

El médico respondió:

—A fe mía que no lo sé.

—¿Cómo? ¿No lo sabe? Siempre se sabe. ¿Acaso no tenía ninguna lesión orgánica?

El médico movió la cabeza:

—No. Ninguna.

—¿Podría tratarse de alguna afección del hígado o los riñones?

—No; estaba bien de todo eso.

—¿Había observado usted si su estómago funcionaba adecuadamente? Con frecuencia un ataque deriva de una mala digestión.

—No ha habido un ataque.

Perplejo, M.D... se movía inquieto:

—Pero, veamos. Debió morir de algo, ¿no? Por lo tanto, y según su opinión, ¿de qué fue?

El médico elevó los brazos:

—No sé nada. Absolutamente nada. Está muerto porque está muerto. Nada más.

Entonces, con una vocecilla temblorosa, M.D... preguntó:

—¿Qué edad tenía, con exactitud? Ya no la recuerdo.

—Ochenta y nueve años.

Y el pequeño anciano, con gesto incrédulo y comedido, exclamó:

—¡Ochenta y nueve años! Pero, entonces, tampoco ha podido ser por vejez... ¿No es verdad?